

Mitologika

Una visión contemporánea de los seres mágicos de Euskadi



Aritz Bergara Raquel Alzate Ricardo del Río

ASTIBERRI

De cómo conocí a Mari

Habéis de saber que ha sido precisamente aquí, en torno a las llamas que procuran luz y calor a nuestros hogares, donde, desde tiempos que la memoria no alcanza, se nos han transmitido historias del mundo antiguo llenas de misterios protagonizados por seres mágicos. Hadas, gigantes, duendes y almas en pena que han convivido siempre con las gentes de estas tierras.

Poned atención, porque tal vez una noche, perdidos en mitad de una carretera de montaña por una avería en vuestros modernos coches, tengáis ocasión de contemplar alguno de los prodigios que yo he conocido, y entonces os serán útiles las confidencias que un día un anciano os hizo al pie de un hogar.

Todo comenzó apenas se hubo puesto el sol aquel 13 de junio de 1952. Para muchos, este día de San Antonio es uno de los más señalados. Son cientos los que se acercan al santuario del patrón situado en Urkiola con la intención de disfrutar de la romería y, quién sabe, encontrar quizás a alguien con quien compartir el mañana. En aquel tiempo la tradición pesaba mucho en nuestras costumbres: solteros y solteras en busca de pareja, devoción al santo, además de comida y de música.

Un panderetero y yo, que para los que no lo sepáis tocaba la *alboka* —una especie de gaita rústica sin fuelle—, nos habíamos trasladado hasta el santuario para tocar en la romería. Se nos había hecho tarde, y como mi compañero tenía la intención de hacer noche en casa de unos parientes suyos de Durango, decidí regresar a campo traviesa y me adentré en el inmenso hayedo. Mi sentido de la orientación siempre había sido bueno, pero algo sucedió..



Mari

Enseguida presentí que aquel estrecho sendero no era el adecuado. El bullicioso repertorio de ruidos del bosque había dado paso a sonidos sordos, casi imperceptibles, como si algo los apagara lentamente. Seguí caminando, y poco a poco mi inquietud se disipó. Al rato observé, entre el espeso follaje, un pequeño claro. Alcancé su centro, tratando de atisbar sobre las copas de los árboles algún signo que me indicara dónde me hallaba, mas lo único que podía ver era la sombra de la gran crestería del Anboto sobre mi cabeza.

Seguía escudriñando el lugar, cuando un fogonazo me hizo volver la cabeza. En ese instante una gran bola de fuego apareció sobre la cima del monte Oiz. “Un cometa...”, pensé. Atravesando el cielo a toda velocidad, se fue aproximando hasta donde yo me encontraba. ¡Un gran carro tirado por enormes y robustos

carneros llevaba a la mujer más hermosa que jamás se me haya dado en contemplar! Paralizado, contuve la respiración mientras la fabulosa visión tocaba el suelo a escasos pasos de mí. Con majestuosidad, la perturbadora mujer se bajó del carro, y sin dejar de mirarme se acercó y dijo:

—Pocos son los humanos que se atreven a llegar a las cercanías de mi morada. Mi nombre es **Mari** y nada debes temer.

La escuchaba ensimismado, sin poder apartar los ojos de ella. Y entonces, comenzó a caminar seguida del mugido de bienvenida de una vaca roja que había surgido de entre las hayas. Como hipnotizado, fui tras ellas. No sé cuánto anduvimos. Parecía que el tiempo se hubiera detenido. Transcurrido un rato, que bien pudieran haber sido horas, llegamos a la entrada de una gran cueva.

Behigorri



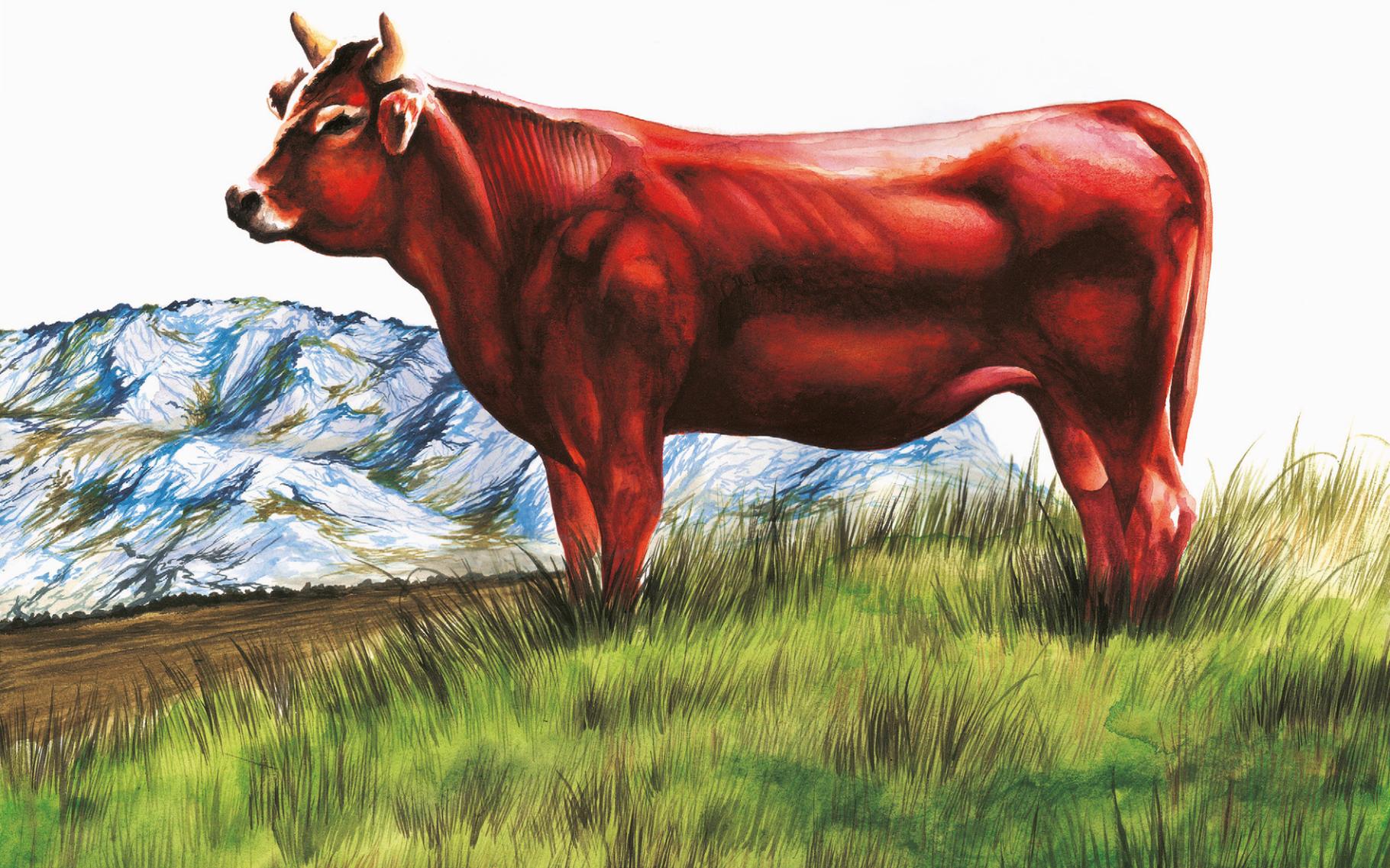
—Ésta será mi morada los siete años venideros, una vez dejado atrás el Mugarra. Puedes regresar a ella cuando así lo necesites, pues observo gran bondad en tu corazón y justicia en tus acciones.

Apenas acabó de hablar, se giró y entró en la cueva. Cuando al fin conseguí reunir los arrestos para entrar, la encontré sentada sobre **Ahari**, uno de sus magníficos carneros. **Behigorri**, la majestuosa “vaca roja”, estaba tumbada al fondo. Mari hilaba con un género que parecía oro, y por todos los rincones brillaban innumerables enseres realizados con tan finísimo metal. Su larga melena rubia se entremezclaba con los hilos que utilizaba para la labor. Me sonrió y, por unos instantes, me sentí el hombre más afortunado de la tierra entera.

Y así fue mi primer encuentro con ella... De él nació una profunda amistad, fundada en un

respeto y una admiración que me llevaron a familiarizarme con un mundo que aún pervive a lo largo del país, muy a pesar de la ignorante obcecación de esta época.

He recurrido a ella en varias ocasiones, pero recuerdo con especial afecto lo sucedido en los largos meses de sequía de los ochenta. Las restricciones de agua alcanzaron a grandes áreas urbanas de nuestra tierra, incluso al Gran Bilbao. Los avances tecnológicos hicieron que el agua pudiese llegar a la gran mayoría de los hogares vascos. Pero para nosotros, los músicos que tocamos la alboka, surgió otro problema. Al secarse los embalses, las lagunas e incluso los cauces de muchos arroyos, no encontrábamos juncos con los que construir las fitas. Sin ellas no podemos hacer sonar nuestros instrumentos. Después de sopesar largamente mi situación, acudí en busca de Mari.





Maju y Mari

Ascendiendo por Atxarte, me adentré de nuevo en el hayedo de Urkiola. Caminé durante horas y, cuando estaba a punto de ser vencido por el agotamiento, apareció en el sendero Behigorri. Me así a su rabo, tal y como Mari me había indicado, y en un abrir y cerrar de ojos estaba en la entrada de la cueva.

Allí se encontraba Mari y, a su lado, **Maju**, su pareja, que peinaba la larga cabellera de su amada con un peine de oro. Ella, entre tanto, lavaba su cara con el pie izquierdo. Sorprendido, le pregunté por qué se acicalaba de aquel modo. Su respuesta no fue menos enigmática:

—Es que hoy tengo que ir a segar trigo a Nafarroa.

A mi regreso a la civilización supe que un pedrisco había asolado los trigales navarros aquella tarde. Y no solamente eso: apenas en unos días, una serie de tormentas dejó tras de sí semejante cantidad de agua que las autoridades consideraron superada la sequía.

¡Ah!, y debo decir que mi alboka no ha vuelto a tener problemas con las fitas. No sólo no se pudren con la humedad de la saliva, sino que desde entonces su afinación es perfecta y motivo de admiración de otros músicos. Así aprendí que, cuando Mari y Maju se unen, suelen traer tormentas memorables.

Pero no sólo ellos forman esta prodigiosa familia. Hace ya mucho, en los albores de la Historia, tuvieron dos hijos llamados **Atarrabi** y **Mikelats**. Ambos estudiaron en una cueva que el Diablo posee, un paraje recóndito y olvidado que algunos localizan en la navarra Zugarramurdi. En compensación por los

conocimientos que les eran transmitidos, uno de los hermanos debía quedarse en la cueva como esclavo del Diablo. Pese a que el azar designó para tal fin a Mikelats, finalmente fue su hermano, Atarrabi, quien ocupó su lugar, pues su gran corazón le impedía actuar de otro modo. Y, así, Mikelats quedó libre.

Al servicio del Maligno, Atarrabi repetía la misma tarea una y mil veces sin descanso: tamizar la harina de la despensa con un cedazo. Satán, para tenerlo siempre localizado —pues grande era su temor de que se fugase—, le preguntaba insistentemente:

—Atarrabi, ¿dónde estás?..

—¡Aquí estoy!

Fijaos si era inteligente el joven que, tiempo después, logró enseñar al cedazo a responder por él. Así al fin podría escapar, pero debía hacerlo caminando hacia atrás, pues sólo de esa manera se puede abandonar la morada del Diablo.

Y así lo hizo. Avanzó de espaldas paso a paso, pero estando ya cerca de la entrada de la gruta, su Amo se percató del truco y corrió en pos del muchacho. La rapidez de Atarrabi lo salvó del mortal ataque, mas no ocurrió lo mismo con su sombra, que fue apresada.

Tras aquel terrible suceso, Atarrabi tomó el oficio de cura en la parroquia de Sara, cercana a la cueva del cautiverio. Vivía sin sombra, pues ésta únicamente volvía a él cuando, celebrando la misa, llegaba el momento de la consagración. Como me han explicado algunos teólogos, esa privación de sombra hubiera impedido a Atarrabi alcanzar la salvación eterna. Por eso el sacerdote estaba decidido a recuperarla. Se

pasaba las noches en vela tratando de dar con la forma de engañar por segunda vez al Demonio...

Y tras mucho tiempo y desvelos, halló la solución: solicitó a su sacristán que lo matara en la misa de la tarde, justo en el momento en el que la sombra volvía a él. Le ordenó que luego colocase su cuerpo en una roca próxima a la iglesia. Si sucedía que los animales que acudían a llevárselo eran palomas, habría alcanzado la Salvación. Pero si eran cuervos, estaría condenado por toda la eternidad...

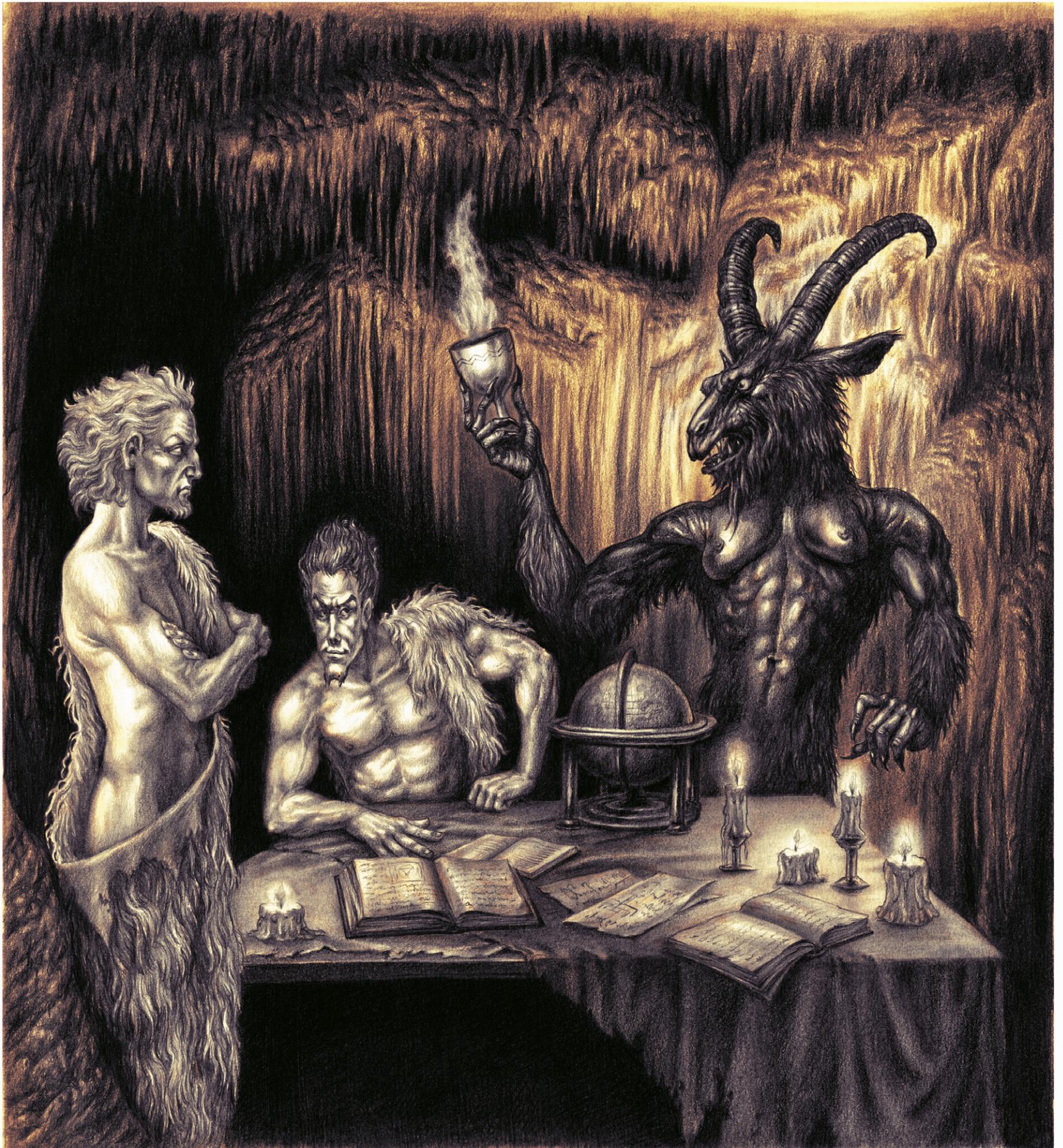
Su tenaz insistencia hizo que el sacristán reuniera el valor y ejecutara el ominoso encargo.

Por fortuna, una bandada de palomas elevó el cuerpo inerte hacia los cielos ante la mirada atónita del buen sacristán.

Sí, jovencitos, Atarrabi se salvó nada más y nada menos que dos veces del Diablo gracias a su astucia.

Desgraciadamente, nunca he llegado a conocer a estos hermanos más allá de lo que me contó Mari. Yo únicamente os traslado lo poco que sé para que no se pierda... Pero se hace tarde. Mañana, si estos achaques me respetan, os hablaré de otros asombrosos seres. Pero eso habrá de ser mañana.





Mikelats y Atarrabi



Ascensión
de Atarrabi



Mari y Ahari